

La marginalidad urbana

ALAIN TURAINÉ

Si bien el debate sobre la marginalidad está entre los aspectos centrales de los trabajos sobre América Latina, no se debe sólo a que está oscurecido por mucha confusión; se debe, sobre todo, a que de inmediato desemboca en una alternativa penosa para cualquiera: o bien la marginalidad corresponde a una "franja" y no está ligada a la estructura económica y social sino sólo a coyunturas transitorias y, así, la conducta de los marginados es —como se puede constatar con frecuencia— apática, retraída, o sometida a la demagogia; o bien, al contrario, la marginalidad es —si se puede decir así— un fenómeno central, es decir que está íntimamente ligado a la naturaleza general de una economía dependiente, y puede esperarse que los marginados desempeñen una función importante en los movimientos de liberación social y nacional, que es la posición por ejemplo de Frantz Fanon. Ahora bien, el primer análisis es muy pobre, ya que es difícil no ver en la marginalidad un atributo de una economía dependiente, por lo menos durante un período largo, y el segundo choca con la realidad histórica: los marginados, que serían los condenados de la tierra, en absoluto pueden considerarse los más combativos ni los más "conscientes" de los trabajadores explotados.

Tal dilema es muy revelador del estado actual del análisis. Se están logrando grandes progresos al partir de la dependencia económica, y por lo tanto del funcionamiento de un sistema económico. Sin embargo, defrauda al sociólogo cuyo objetivo preciso no es el análisis del funcionamiento del capitalismo, sino la investigación de las conductas colectivas, y en este caso de los marginados, subempleados o habitantes de ciudades perdidas, que sin duda no son militantes. ¿Cómo entonces salir de la oposición entre un enfoque que analiza bien la situación y mal las conductas, y otro que analiza mal la situación y un poco mejor las conductas?

Esta interrogante será nuestra guía. Debe construirse un análisis que tome en consideración tanto la situación como las conductas y que rechace las dos visiones diametralmente opuestas y demasiado simples, la de una categoría fuera de la sociedad y la de una multitud de excluidos, "funcional" o incluso indispensable para el funcionamiento de una economía capi-

talista dependiente. Los marginados subempleados, que con frecuencia viven en ciudades perdidas o en viviendas miserables, son absorbidos por la sociedad a la vez que rechazados por ella, apartados y deyectados; sus conductas están marcadas por esa contradicción, y su situación traduce la naturaleza profunda de las sociedades dependientes, sociedades desarticuladas en las que la dominación capitalista, en general extranjera, —dado que ha mantenido o reforzado durante mucho tiempo formas económicas y relaciones sociales precapitalistas— ha separado el progreso de una industrialización que, a su vez, está deformada por la dependencia y la crisis de las formaciones preindustriales.

El hecho de que la industrialización absorbe en general una mano de obra débil y el que la urbanización crezca debido a la crisis del mundo rural no forman parte de un solo proceso, que sería el paso de lo tradicional a lo moderno; más bien se empalman históricamente: los marginados son producidos por el avance de la crisis del pasado sobre la formación de la sociedad industrial.

Se podría —y tal vez se debería— comenzar, por ejemplo, a partir de la conducta de los marginados, para enseguida analizar la situación que permita explicar tal conducta. Pero es difícil sustraerse de un debate que ha movilizad a un buen número de los mejores sociólogos latinoamericanos. Habría, pues, que intentar definir ante todo la situación de marginalidad, partiendo de la simple descripción sociológica de las barracas y sobre todo de las ciudades perdidas, en donde se consideraría la importancia de la marginalidad. Después se pasaría del capitalismo dependiente, productor del subempleo, antes de criticar los excesos y sobre todo las ambigüedades de esta interpretación, pero también antes de rechazar un análisis más directamente económico, por las condiciones de la acumulación capitalista. Se llegaría, al fin, con la ayuda de ciertos representantes de esos distintos modos de explicación, al tema central de la desarticulación de las sociedades dependientes.

I. *Mal alojamiento*

Ante todo deben apartarse las definiciones de la marginalidad que desplazarían peligrosamente el análisis. No sólo no se trata de una desviación, de lumpenproletariado, del conjunto de individuos que no han interiorizado las normas sociales y los valores culturales dominantes en una sociedad, sino que tampoco puede reducirse la marginalidad a una dificultad de adaptación al cambio. Esta definición psicosociológica puede parecer seductora, de primera instancia, pero su debilidad aparece enseguida: ¿cuál es ese cambio vagamente definido? ¿Se puede considerar marginado al jefe de empresa que mantiene las formas de autoridad que provienen de las grandes haciendas tradicionales o al dirigente político todavía sensible a las relaciones de parentesco o de compadrazgo? Es evidente que

no, que se llama marginados a los individuos de la parte ínfima de la escala social y no a los que presentan tal o tal rasgo característico. Si se agrega que, sea cual fuere la definición preferida, los que se consideran marginados representan una proporción importante de la población activa —en general una cuarta o una tercera parte—, debe plantearse la pregunta no de quiénes son los marginados, sino de dónde viene la marginalidad, es decir, por lo menos, cuáles son los sistemas de participación o de integración social que no funcionan de manera suficiente. Podría ser que la conciencia de una crisis general de la sociedad condujera a hablar de la marginalización de sus ciudadanos, condenados a la descomposición de su marco de vida social y cultural. Es así (nota A. Labrousse¹) que en el manifiesto de los Tupamaros de septiembre de 1970, éstos en dos ocasiones se definieron como marginados y declararon: “ya no aceptamos nuestra condición de marginados”.

Pero tal definición es demasiado general para ser útil, más allá de la ruptura necesaria con una definición psicológica. En la práctica, quienes han intentado circunscribir una categoría y describirla han identificado en general a los marginados con los habitantes de las ciudades perdidas. No sin razón; porque la idea y los debates que la rodean seguramente no habrían tenido lugar si no existiera en América Latina la inmensa mancha de las ciudades perdidas, llamadas callampas, villas miseria, ranchitos, favelas o barriadas, según que sea en Chile, en Argentina, en Venezuela, en Brasil o en Perú, y la presencia aún visible, aunque más antigua, e igualmente importante de las barracas urbanas, tugurios peruanos, conventillos chilenos o argentinos, cortijos brasileños o vecindades de México, estudiados por O. Lewis.

Las barracas se desarrollaron antes. En Buenos Aires, estaban ocupadas en 1881 por el 18% de la población urbana, proporción que se elevó al 26% en 1887 antes de descender al 14% en 1904.²

Fue sobre todo después de la primera guerra mundial que las ciudades perdidas adquirieron mayor importancia que las barracas en las viejas redes urbanas. Su desarrollo fue muy acelerado después de la segunda guerra. El caso de Lima es uno de los más espectaculares: 8.6% de población vivía en ciudades perdidas periféricas en 1956, 21,2% en 1964 y 26,5% en 1967.³ En Río de Janeiro la progresión es igualmente fuerte. Las favelas contaban con 139,000 habitantes en 1948 y 169,000 en 1950, o sea 6.7% de la población urbana. Esto se eleva a 335,000 habitantes en 1960, o sea el 9.3% de la población.⁴ M. Castells da una idea general de la importancia del número de personas con habitación marginada en

¹ *Les Tupamaros*, París, Le Seuil, 1971, pp. 180-82.

² Guy Bourdó, “Urbanisation et immigration en Amérique Latine”, Buenos Aires, Aubier, 1974, pp. 250-54.

³ E. Henry, “Urbanisation dépendante et mouvements sociaux urbains”, tesis inédita, París, 1974.

⁴ L. Parisse, “Favelas de l'agglomération de Rio”, tesis inédita, Estrasburgo, 1970.

América Latina: 38% en Río en 1961, 14% en Santiago en 1960, 14% en México en 1952, 30% en Caracas en 1958, sólo 10% en Buenos Aires en la misma época, pero 40% en Arequipa y 70% en Chimbote en Perú⁵ y 80% en Buenaventura en Colombia.

A las ciudades perdidas construidas por sus propios habitantes, deben agregarse las "poblaciones", ciudades edificadas por el gobierno o la municipalidad y que, desde el principio o muy rápidamente quedan sobrepobladas y ofrecen condiciones de habitación muy malas. Esto sucede sobre todo cuando responden a necesidades muy urgentes (inundaciones, terremotos), como en la operación sitio chilena, de construcción de "mediaguas", o sea casas de madera armadas por los ocupantes mismos, muy pequeñas y poco resistentes. Otras poblaciones tienen un equipo de nivel muy superior, de manera que no puede considerarse el conjunto de sus habitantes como marginados. En cambio, sí pertenecen a esta categoría aquéllos que viven en inmuebles viejos e insalubres, aunque no puedan clasificarse como barracas.

Por otra parte, están los campamentos que son poblaciones formadas en Chile bajo la iniciativa de los partidos políticos, con mayor frecuencia los de izquierda pero no exclusivamente. La ocupación mayor de terreno urbano es la creación del campamento Violeta Parra del 7 de febrero de 1968 por 5000 pobladores bajo la iniciativa del PC.⁶ Poco después, en Puerto Montt la ocupación de terrenos en junio de 1968 y después en marzo de 1969 provoca una violenta represión policiaca (el 9 de marzo) durante la cual murieron diez pobladores. El MIR intervino muy activamente para movilizar a los ocupadores. Creó el campamento del 26 de enero y Nueva Habana. El movimiento de ocupación se amplía mucho justo antes de la victoria de la Unidad Popular (73 creados en 1969, 220 en 1970); disminuye un poco en 1971, pero se recoge con fuerza durante la última fase de la Unidad Popular y sobre todo después de octubre de 1972. Algunos campamentos tenían una organización política muy fuerte. También allí se organizaron tribunales populares, que eran menos el esbozo de una justicia revolucionaria que la expresión de una voluntad de rechazar la intervención de organismos como el ejército y la policía, que se consideran hostiles, y al mismo tiempo de mantener una cierta integra-

⁵ Chimbote, programa urbano desarrollado por la instalación de la siderúrgica y sobre todo por la pesca y la fabricación de harina de anchoas, atrajo durante los años 1950 y los sesenta un gran número de migrantes quienes, en su mayoría, no encontraron alojamiento y tuvieron que organizar invasiones y construir sus barriadas. D. Sulmont, "Migrants, cholos et jeunes à Chimbote", tesis inédita, París, 1968, pp. 368-69, presenta los siguientes datos: barriadas, 59,000; barriadas renovadas y nuevos lotes, 24,000; centro urbano, 11,000; otros centros de aglomeración, 7,000.

⁶ Sobre las primeras ocupaciones de terrenos en Chile, en general impulsadas por el Partido Comunista, cf. Jorge Giusti, "Marginalidad y participación en las poblaciones urbanas chilenas", Ginebra, International Institute for Labor Studies, roneo., 99 pp.

ción social en situaciones favorables a la desorganización.⁷ Aun cuando las evaluaciones sean difíciles y muy arbitrarias, pueden tenerse en cuenta las indicaciones dadas por M. Castells⁸ sobre la evolución de las categorías de habitación marginada en Santiago:

	1952	1966	1970
Barracas	350,000	77,000	65,000
Ciudades perdidas	75,000	600,000	346,000
Alojamientos insalubres	150,000
Alojamientos semisalubres	250,000	653,000
Poblaciones	366,000
Alojamientos semipermanentes	332,000
Población total	1,200,000	2,500,000	2,587,000

¿De qué sirve tratar de medir con exactitud lo que no está más que superficialmente definido? Basta con estar convencido, después de la presentación de estas cifras, de la importancia del fenómeno. Y éstas se refieren sólo a las ciudades. En el campo muchos trabajadores dependientes o comuneros viven en condiciones de habitación deplorables y, más aún, se han visto formar durante los últimos veinte años ciudades perdidas rurales, ligadas en general a pequeñas aglomeraciones, especialmente donde la agricultura ha sido reemplazada por una ganadería extensiva que emplea menor cantidad de mano de obra, o cuando los desempleados no pueden ir ya a las ciudades porque los empleos son insuficientes.

Pero, pueden llamarse marginados los habitantes de malos alojamientos? ¿Son todos ellos pobres, desempleados o subempleados? No, en absoluto. E. Henry observa que en Santiago hay 21% más de obreros que en el conjunto de la ciudad, y que en las barracas esta proporción es aún mayor que el 13%.

Las ciudades perdidas y las barracas tienen proporcionalmente más obreros que el conjunto del gran Santiago. En cambio, los empleados son claramente mucho menos numerosos que en el resto de la ciudad.⁹ Carlos Esteban Martins ha demostrado que las ciudades perdidas no son homogéneas, que habitan allí no sólo obreros con un empleo normal, sino también comerciantes e incluso ciertos miembros de las profesiones libe-

⁷ Cf. E. Henry, *op. cit.*

⁸ M. Castells, "La lucha de clases en Chile", Buenos Aires, Siglo XXI, 1974, p. 249.

⁹ M. Castells, "La urbanización dependiente en América Latina", en M. Castells (coordinador), *Imperialismo y urbanización en América Latina*, pp. 7-26.

rales, quienes se encargan con frecuencia de establecer las ligas con las autoridades de la ciudad. Los favelados de Río que ese autor estudió se ubicaban ellos mismos en una escala jerárquica socioprofesional: pobres, obreros, trabajadores. Aquellos que ocupan una posición socioeconómica más alta tienen una actitud más positiva respecto de las instituciones políticas; están más relacionados con el conjunto social.

El hecho de que muchos trabajadores o desempleados tengan malos alojamientos pone en duda una política de habitación, en general orientada hacia las exigencias de la clase media, pero no permite distinguir a los marginados de los mal alojados. Los habitantes de las barracas y de las ciudades perdidas con frecuencia están en los escalones bajos de la jerarquía profesional y de la económica, pero el análisis no puede partir de una definición de los marginados como mal alojados.

La debilidad de este intento de definición revela de inmediato que ésta es mucho más ideológica que positiva. El tema de la marginalidad apareció relacionado con el de la integración necesaria a las normas sociales y a los valores culturales "modernos", en el espíritu de la Alianza para el Progreso, que conlleva la destrucción de las antiguas barreras para reforzar una "clase media" dinámica y modernizadora. Toda política de integración social se define por oposición a un estado de desintegración y, más aún, conduce a clasificar como marginados a quienes no se conforman con las normas que preconiza.

De hecho, el tema de la marginalidad primero estuvo ligado a la actividad de demagogos que intentaban mantener el poder de la oligarquía a pesar del progreso de la industrialización y de la urbanización, es decir de las transformaciones socioeconómicas que tendían a debilitarla. Después, sólo apareció la política de la democracia chilena, de Frei en Chile, de Belaúnde en Perú y de Caldera en Venezuela, y sus esfuerzos de integración social de los marginados. Pero tanto en un caso como en el otro, la definición de una política como acción integradora recubre la ausencia o el rechazo de un análisis del sistema económico y social.

II. *Dependencia y exclusión*

Es necesario, por lo menos en este momento del análisis crítico de la noción de marginalidad, no considerar tanto el orden del consumo como el de la producción. La marginalidad no es el alojamiento malo sino el subempleo, que no es lo mismo que el desempleo. Debe seguirse a J. Nun¹⁰ cuando se esfuerza por distinguir a la "masa marginada" del ejército industrial de reserva, aun si es muy difícil de entenderse en los análisis que separan claramente las dos realidades. Lo más sencillo sería separar un

¹⁰ "Participación y movilización política de la clase baja urbana del Brasil" en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, II, 1, abril, 1971.

sector de producción capitalista y los empleos de escasa productividad, casi sin intervenir en el funcionamiento del sistema de producción; así, se reconocería la existencia de una mano de obra marginada no funcional para el modo de producción, y se llamaría desempleo a la falta de ocupación de la mano de obra requerida por una utilización normal de la capacidad de producción. Esta representación debe ser más precisa. A. Quijano¹¹ tiene razón cuando recuerda que una economía dependiente no es un sistema rodeado de márgenes sino un conjunto dualizado, en el que el sector central, ligado a la dominación extranjera, está separado de un sector de producción de bienes de consumo de mayorías, que progresa mucho más lentamente o incluso se estanca. Esto conduce al autor a distinguir un sector central de un sector periférico de la economía y del sector marginado. Pero esta visión también es muy criticable. Por lo general, es imposible distinguir claramente entre estos dos sectores. ¿Dónde se ubican las industrias manejadas por el Estado? ¿No existen industrias dinámicas de bienes de consumo? ¿Puede confundirse la artesanía con la pequeña industria o la mediana? Sobre todo, no hay nada que dé lugar a identificar la oposición entre sectores dinámicos y sectores de crecimiento vegetativo con la oposición entre empleo regular y marginalidad.

Una vez más, el esfuerzo de circunscribir una categoría se revela vano. Así pues, debe renunciarse a ello definitivamente. Los marginados no son un grupo, sino el producto de un mecanismo social de subempleo que sobrepasa —y por mucho— lo que puede llamarse desempleo en el sector del empleo asalariado permanente. Según la Cepal, el desempleo propiamente dicho ha variado en América Latina de 5.6% de la población activa en 1950 a 11.1% en 1965, pero el subempleo a principios de los años sesenta era de 26% y a fines de la década de 30%. Otro estudio de la Cepal presenta una imagen más brutal del subempleo: sobre una población activa de 153 millones de personas, involucraba a 75 millones, mientras que el número de desocupados se elevaba a 18 millones.

En todos los países se encuentra en las ciudades perdidas una proporción alta de trabajadores ocasionales. En una villa miseria de Buenos Aires, G. Germani encontró que menos del 50% de los inmigrados —la gran mayoría de la población— trabaja todo el año, y sólo una tercera parte trabaja seis meses o menos, lo que se debe sobre todo al tipo de trabajo de un puerto. En Río, A. Pearse encontró que el 27% de la población activa tiene empleos intermitentes.¹² La encuesta reciente llevada a cabo en Río Grande do Sul¹³ muestra también la existencia de 20 a 25% de “biscateiros”, trabajándose ocasionales. El subempleo urbano es una realidad importante. En Lima, la profunda encuesta del DESCO¹⁴ permite

¹¹ Ver bibliografía general.

¹² Estos dos estudios están publicados en Ph. Hauser (coordinador), “L’urbanisation en Amérique Latine”, París, UNESCO, 1962, pp. 180 y 222.

¹³ H. Trinidad *et al.*

¹⁴ Jaime Gianella, “Marginalidad en Lima metropolitana”, roneo, 1970, pp. 165-87.

precisar las particularidades de las barriadas en relación con otros tipos de habitación. Es cierto que, en principio, la proporción de obreros parece muy elevada; sin embargo, al precisar las categorías, se advierte que los obreros de industrias de transformación son menos numerosos que los de otras, y sobre todo que la proporción de los subempleados es alta allí, al igual que la de aquellos con ingresos bajos.

	<i>Zonas re- sistenciales</i>	<i>Urbani- zación</i>	<i>"Conven- cional"</i>	<i>Programa de construcción</i>	<i>Barriadas</i>
—Normalmente empleados	66.1	70.5	71.8	85.2	66.6
—Subempleados y desempleados .	39.9	29.5	28.2	14.8	33.4
—Ganan menos de 1000 soles	34.4	22.9	17.9	7.4	24.3
—Ganan de 1000 a 3000 soles . . .	14.9	25.7	40.3	38.9	47.3
—Ganan más de 3000 soles	50.7	51.4	41.8	53.7	28.4
—Ingreso medio familiar	13830 soles	4920 soles	4790 soles	6870 soles	3840 soles
—Han recibido al menos enseñan- za primaria par- cial	21.2	20.8	12.7	25.3	48.5

Estas cifras confirman el hecho de que los habitantes de las ciudades perdidas no pueden asimilarse a los desempleados o a los "marginados" en el sentido más común del término; pero también demuestran que, tanto en las barriadas como en las barracas urbanas, existe una proporción importante, entre 1/4 y 1/3 de la población activa, que no tiene empleo normal y cuyos ingresos son muy bajos. Sería vano discutir para saber si se trata de un proletariado en crisis o de un grupo marginado. Pero es seguro que se trata de una población que no está realmente incorporada al mercado de trabajo.

Todas las cifras, que muestran la importancia del subempleo urbano, no deben sin embargo aceptarse sin prudencia. En primer lugar, las bases estadísticas en este campo son frágiles; además, y sobre todo, no debe olvidarse que este subempleo urbano probablemente es menos grave que

el que sufrían los migrantes en su lugar de origen y que la participación de esos migrantes en la producción, por lo tanto, ha aumentado. Habrá que retomar esto al llegar a las conclusiones, es decir recordar la idea de que la marginalidad está menos ligada al funcionamiento de la economía urbana que a la desarticulación entre la industrialización y la urbanización y, así, al funcionamiento de la sociedad agraria.¹⁵

¿De dónde viene este subempleo? No puede responderse a tal pregunta con la descripción de situaciones personales y de las dificultades para la adaptación cultural en la ciudad. La importancia del subempleo obliga ante todo a hablar —de acuerdo con Costa Pinto¹⁶— de “marginalidad estructural”. Lo nuevo no reemplaza a lo antiguo sino que lo conserva, de tal manera que dentro de un sistema unificado por una lógica dominante se mantienen permanentemente los conflictos y acomodos entre cultura tradicional y cultura urbana industrial. Pero esta misma formulación tampoco es suficiente. Oculta el papel de producción de la marginalidad por el propio sistema dominante. Nadie puede negar la marginalización de los sectores antiguos, pero lo esencial es más bien que el modo de industrialización en sí produce necesariamente el subempleo.

La exclusión se crea por la dependencia económica. L. Martins da la definición: “Los marginados serían o bien los representantes de una situación anterior al desarrollo, o bien aquellos que han sido marginados por el efecto de exclusión y en el transcurso del desarrollo mismo”.¹⁷

El razonamiento principal es el siguiente: después de la decadencia del modelo de sustitución de bienes de consumo, el paso a la producción de bienes de equipo implica la penetración rápida de tecnología avanzada —“labor-saving”—, así como la concentración de ingresos en la clase superior capaz de comprar bienes de consumo durables o de mayor valor agregado. Dado que la tecnología en general está en manos de empresas extranjeras, éstas exportan una parte importante de sus ganancias y sólo trabajan para el mercado externo, ya que son sucursales nacionales de grupos multinacionales. Todo esto disminuye a la vez la capacidad de crecimiento general de producción y de absorción de la mano de obra expulsada o atraída hacia las ciudades por la transformación de la economía agraria, y el simple crecimiento de la población ligado con la mejoría de las condiciones de salubridad. M. Castells¹⁸ ha resumido las consecuencias de esta fase del desarrollo dependiente de la urbanización cuando habla de la hiperurbanización y del desequilibrio de la red urbana en beneficio de la metrópoli central.

¹⁵ Ver los comentarios muy útiles de R. Franco en “Desarrollo económico”, cf. bibliografía general.

¹⁶ L.A. Costa Pinto, “Desenvolvimento económico e transição social”, Río de Janeiro, Instituto de Ciências Sociais, 1967, cap. 2.

¹⁷ Martins L., *Industrialização, Burguesia nacional e Desenvolvimento*, Río de Janeiro, Ed. Saga, 1968, p. 73.

¹⁸ *Op. cit.*

Puede ampliarse la descripción histórica y social de esta marginalización recordando también que América Latina no pudo exportar su excedente de mano de obra como lo hicieron las islas británicas y muchos otros países europeos durante el siglo XIX. Debe recordarse también, de acuerdo con C. Furtado, que la burguesía dependiente es más consumidora que productora, invierte poco y multiplica a su alrededor las actividades de servicios que reciben las migajas de su riqueza. De ahí, la especial importancia de los empleados domésticos: 1,750,000 sólo en Brasil en 1970.

Esta interpretación de la marginalidad por la dependencia se inscribe, pues, en una visión general dominada por la idea del agotamiento progresivo del desarrollo dependiente, condenado a producir bienes cada vez más complejos para un mercado cada vez más limitado. Su fuerza viene de su voluntad de integrar totalmente el hecho de la marginalidad dentro del modo de funcionamiento de un sistema económico.

La economía dependiente produce una marginalización creciente, una separación más y más completa entre el dominio hegemónico aunque estrecho de las grandes empresas extranjeras —y, puede agregarse, de sus bases de apoyo nacionales— y la inmensa zona desfavorecida del consumo popular. ¿No es lo bastante claro el caso del Brasil? Concentración de los ingresos, disminución del poder de compra del salario mínimo, desarrollo rápido de los bienes reservados a una clase acomodada, como el automóvil, y concentración de la actividad y de la riqueza en la capital paulista. J. Nun ha expuesto fórmulas más abstractas del funcionamiento de la economía dependiente: “la disfuncionalidad de la masa marginada indica un bajo nivel virtual de integración del sistema, una brecha que debe resolverse. La solución requiere ante todo modos de integración social compatibles con el mantenimiento de la matriz dominante de relaciones sociales”.¹⁹ En otros términos, un sistema amenazado por contradicciones estructurales no puede mantener su equilibrio si no disminuye la interdependencia de sus partidos. Es por eso que la industrialización capitalista dependiente mantiene igualmente bien el poder de los gamonales en el Perú, la pequeña propiedad comunitaria minifundista en México y un gran número de empresas artesanales en todo el continente. Antes de recordar las críticas que los economistas hacen de este análisis, debe señalarse la naturaleza de la explicación que plantea de la marginalidad urbana.

Ésta es el atributo de la dependencia y tiende a desarrollarse a medida que progresan las nuevas formas de dependencia, es decir la internacionalización del mercado interior. Una afirmación resume este análisis: recientemente ha ocurrido que el sector terciario crece más respecto del secundario, la urbanización sobrepasa cada vez más a la industrialización, de tal manera que en algunas décadas América Latina —donde cierta-

¹⁹ “Marginalidad y otras cuestiones” en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, 4, dic. 1972, p. 124.

mente no están los centros del sistema capitalista— poseerá las más grandes metrópolis del mundo: México, São Paulo, Buenos Aires pronto serán más grandes que Nueva York, Tokio, Londres o París. Tal inmensidad de metrópolis, que permanecen en la escala mundial como centros industriales secundarios, indica la importancia central de la marginalidad, signo por excelencia de la dependencia económica.

Las objeciones planteadas por los economistas contra esta tesis tienen mucha importancia porque el agotamiento del modelo de desarrollo dependiente no se ha producido. Muchos han aceptado la brillante fórmula de A. Gunder Frank: el desarrollo del subdesarrollo; sin embargo, ante el crecimiento de Brasil, de México y de muchos otros países importantes, ¿no deberían revisarse las ideas, aceptadas con demasiada facilidad, sobre la imposibilidad de un crecimiento dependiente? Recordemos rápidamente algunas de las objeciones principales a la teoría de la dependencia. Ante todo, nada prueba que las conductas de los monopolios o de los oligopolios, acusados de disminuir el empleo, sean las mismas de las empresas extranjeras. No se puede aparentar que el sector moderno está enteramente en manos extranjeras, cuando el Estado es el inversionista principal y por mucho. P. Singer sugiere también que los oligopolios nacionales exportarían sus ganancias tanto como las empresas extranjeras.

En segundo lugar, no es seguro que la concentración de los ingresos haya provocado un bloqueo del crecimiento industrial. Al contrario, puede pensarse que ha acrecentado al máximo el mercado de productos industriales, aunque una gran parte de la población pobre está por debajo del nivel de acceso a los productos de las industrias mecánicas y eléctricas, que son las más industrializadas. La denuncia de la injusticia social y del modo de desarrollo no puede llevar a la afirmación de que éste se destruye a sí mismo.

En tercer lugar, los análisis críticos dan demasiada importancia y exclusividad al consumo de particulares, mientras que el mercado de las empresas y administraciones es más importante en esta fase y este tipo de industrialización. El poder de las empresas implica el desarrollo del intercambio entre industrias.

Tales observaciones y otras no conducen sólo a la crítica de una explicación centrada en la dependencia económica; conducen también a atender el proceso de desarrollo capitalista en sí mismo, que con seguridad está afectado por la situación de dependencia, pero que debe ser explicado por las leyes del capitalismo.

Los teóricos de la dependencia no estaban lejos de creer en un modo de producción dependiente. Puede decirse que sus críticos, como P. Singer o F. de Oliveira de Brasil, al volver a un análisis del capitalismo en sí, rompen la aparente unidad de un mecanismo económico central y de una situación histórica particular, y conducen así a una cierta separación de dos modos de análisis complementarios pero distintos: uno pro-

piamente económico y el otro histórico o sociológico. Recuerdan en particular, con razón, que los teóricos de la dependencia, atribuyéndole a ésta las dualizaciones o contradicciones internas de la sociedad, parecen referirse a un modelo nacional de desarrollo capitalista que estaría exento de tales contradicciones.²⁰ Insistir en el crecimiento de la marginalidad con la mayor penetración de la nueva dependencia, ¿no supone que se vea en el desarrollo nacional y en el período de sustitución de importación una fase de integración social más grande? Es evidente que esto no está justificado, ya que los gobiernos nacionalistas o populistas que han tenido a su disposición grandes medios de acción económica después de la guerra, no se han comprometido en grandes políticas de industrialización, como se demuestra particularmente con el régimen peronista, a pesar de sus declaraciones. Chile mismo, a pesar del impulso dado por el gobierno del Frente Popular y la creación de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), se divierte con la reconstrucción de una falsa ciudad española en La Serena, desarrolla la administración pública, pero no dirige ninguna política industrializante, por lo menos hasta Alessandri, elegido presidente en 1958.

Con mayor frecuencia, ¿no se falsifica la imagen de la sociedad dependiente por una representación inexacta de la industrialización capitalista en los países centrales? Es cierto que la Alemania Federal y la Suecia de hoy, o incluso los Estados Unidos, dan la impresión de ser sistemas económicos fuertemente integrados. Pero, ¿cómo estaban en el momento del gran período de industrialización, entre 1890 y 1930? La distribución de los ingresos en los Estados Unidos o en Inglaterra, recuerda Oliveira, era tan desigual en aquella época como en el Brasil actual, que está entrando, a su vez, en un gran período de industrialización. También Francia fue un país de agricultura tradicional y de pequeñas industrias, al mismo tiempo que de "clases medias" multiformes y listas para identificarse con el conjunto de la sociedad hasta una fase muy reciente. A partir de los años sesenta, comenzó la gran concentración de empresas, la crisis de pequeñas empresas industriales y comerciales y la integración mucho más extensa de la población a situaciones de producción y de consumo dirigidas directamente por los centros capitalistas. Tales críticas son fuertes. Muestran la confusión, mantenida durante mucho tiempo, entre el análisis de una "formación social" dependiente y el de un verdadero sistema o modo de producción dependiente. La segunda expresión, que corresponde a muchos análisis semejantes a los de Quijano, no puede aceptarse; y la primera debe considerarse por lo que es: el examen de un conjunto concreto, dominado y conformado por la penetración de un capitalismo centrado en el extranjero, pero que no constituye un sistema analíticamente definible, dentro del cual todos los elementos observados pueden definirse como funcionales o no funcionales.

²⁰ P. Singer, "Economia politica da urbanização", São Paulo, Brasiliense y Cebrap, 1975.

III. *La acumulación capitalista y la marginalidad*

a) La tesis que opone a la explicación por la dependencia una explicación por el mecanismo propio de la acumulación capitalista rechaza la existencia de una economía dualista tal como la presenta A. Quijano; afirma el papel central y unificador del modo de producción capitalista. L. Karovick plantea un análisis de este tipo: el desarrollo capitalista “al progresar recrea modalidades de producción arcaica (ante todo la artesanía y la industria a domicilio) y también crea “nuevas formas tradicionales” en la división social del trabajo, particularmente actividades secundarias y terciarias independientes de reparación, negocios y comercialización”.²¹

Pero no puede quedar allí. Si bien esta observación puede aclarar la existencia de un sector marginado en el sentido en que Quijano entiende el término (pequeña industria, artesanía y comercio), evidentemente no puede explicar el subempleo. Porque ése es el problema: ¿por qué existen tantos trabajadores ocasionales en la industria y la construcción, tantos vendedores ambulantes, tanto personal de servicio?

Kowarick y aquéllos que han desarrollado las mismas ideas tienen razón de oponerse a un dualismo superficial, de recordar que se trata “de una lógica estructural única, de tipo capitalista, que al mismo tiempo crea y mantiene formas de inserción en la división social del trabajo que no son típicamente capitalistas. Tales formas, lejos de ser un peso muerto, son partes integrantes del proceso de acumulación”. (p. 61) Pero tales formulaciones siguen siendo muy vagas. Puede admitirse el hecho de que la dualización de la economía y la marginalidad misma se inscriben en una situación dominada por la economía capitalista y por la concentración de la inversión en sectores muy estrechos. Es decir que el subempleo, por una parte, y la pequeña industria artesanal, por la otra, son “funcionales” para la economía capitalista, le ayudan a aumentar su tasa de ganancias, lo que no se ha mostrado y probablemente no tiene un sentido preciso, como ha señalado F. H. Cardoso. La fuerza de la teoría de la dependencia estaba en reconocer la función motriz del capitalismo extranjero: es la naturaleza de la inversión y de la tecnología venidas del extranjero —y, por consiguiente, también la exportación del capital o la debilidad de la exportación de productos industriales de gran valor agregado— lo que domina el estado de la economía y del mercado de trabajo; esto es completamente diferente de la unidad estructural del modo de industrialización, una noción vaga. Es cierto que el subempleo pesa sobre los salarios, pero Nun ha demostrado desde hace mucho que la masa marginada sobrepasa por mucho lo necesario para pesar sobre los salarios. El argumento principal: esa marginalidad baja el costo de reproducción de la fuerza de trabajo y, por consiguiente, como señala particularmente Oliveira, “forma parte del modo de acumulación que conviene

²¹ *Capitalismo e marginalidade na America Latina*, Río, Paz e Terra, 1975, p. 83.

a la expansión capitalista"; además introduce una extraña vuelta: aquellos que se centran en el punto de vista de la lógica del capitalismo vuelven a una definición de la marginalidad según las condiciones de consumo, separando una vez más un análisis en términos de empleo y de sistema de producción.

Pero sobre todo, si se admite fácilmente que un desempleo considerable y un subempleo aún mayor pesan sobre los salarios tanto como el mantenimiento de bajas remuneraciones en la agricultura, es difícil demostrar que es el mecanismo de formación de ganancias el que crea la marginalidad. Se empieza a notar en São Paulo una escasez de mano de obra en ciertas industrias e incluso en el campo. Se trata de un cambio de coyuntura, pero difícilmente podría analizarse en términos de exigencias fundamentales de la acumulación capitalista que aumentarían la marginalidad.

Sin duda debe hablarse de la pauperización absoluta en muchos países grandes, y no tanto de marginalización. ¿Cómo hacer aparecer, a partir de un estudio del sistema capitalista, una noción que no puede reducirse al desempleo y que se relaciona con los límites del sistema capitalista? Hablar de sobreexplotación no explica el subempleo. P. Singer incluso ha dicho que la dependencia explica la hiperurbanización concentrada en zonas metropolitanas. Para él, la causa de ello es "el libre funcionamiento de los mecanismos de mercado que protegen las microdecisiones de localización de sus consecuencias macroeconómicas".²² Es, pues, la naturaleza del capitalismo dentro del Brasil la que explica la concentración creciente de la industria en São Paulo. Por otra parte, nada prueba que tal tendencia prosiga. Los industriales paulistas son impulsados por el Estado para que inviertan en el noroeste, lo que puede resultar ventajoso para ellos, sin que São Paulo pierda la dirección de su economía.

Es contradictorio darle a la marginalidad un papel importante en un análisis centrado sobre la acumulación capitalista, mientras que era natural reconocer ese papel si el análisis se ubica, como el de Quijano o el de Castells, dentro de una teoría de la dependencia. La única manera de analizar la marginalidad para los críticos marxistas de esta teoría es reducirla a una etapa del desarrollo capitalista.

b) Se llega, pues, a la confrontación de cifras. La marginalidad, el subempleo urbano, ¿se agravan con el progreso de la nueva dependencia? O sucede al contrario: dado que la dependencia implica una acumulación capitalista mayor, ¿tiende a reducir la marginalidad tan sólo a una característica de un período primitivo de la industrialización? P. Singer, al examinar la evolución del empleo en el Brasil en los años recientes de gran expansión, enfáticamente ha puesto en duda la idea —generalmente aceptada— de una separación creciente entre el sector secundario y el sector terciario.

²² En "Urbanización, dependencia y marginalidad en América Latina", *op. cit.*, pp. 287-312.

Resumiremos su interpretación: el aparente estancamiento del sector secundario durante un período bastante largo se explica por una transferencia importante de mano de obra de la artesanía a la industria, importante en sí misma pero que no aumentó los efectivos del sector secundario, que incluye la artesanía y la industria. La importancia de tal transferencia aparece si se compara el Brasil, donde los artesanos no representan más que el 13% de los efectivos del sector secundario, y el Perú, donde aún representan el 47%. Una vez que se ha llevado a cabo esa transferencia interna, la industrialización debe conllevar una progresión más rápida del sector secundario y, por consiguiente, una disminución de la distancia entre industrialización y urbanización. Una encuesta sobre el período 1969-1972²³ produjo los siguientes resultados:

	<i>% de crecimiento anual en el Brasil</i>	<i>sin el noreste</i>
Población económicamente activa...	3.7	3.2
Sector primario	2.9	1.3
Sector secundario	3.7	4.5
Industrias de transformación	4.6	5.8
Construcción	2.5	2.3
Sector terciario	3.4	2.9

Para el período 1968-1972, los índices de crecimiento son los siguientes:

	<i>Secundario</i>	<i>Terciario</i>
Brasil	1.154	1.17
São Paulo	1.27	1.23
Noreste	1.03	1.21

²³ Claudio Salim, "Evolução do mercado de trabalho, 1969-1972" en *Cuadernos Cebrap*, abr.-jun. 1974, pp. 105-19.

Si el terciario crece más rápidamente que el secundario en el noreste, sucede lo contrario en el Estado de São Paulo y, lo que es más significativo, en el conjunto del país el crecimiento de los dos sectores es casi igual.

Esto contradice claramente una representación que se apoyaba sobre todo en cifras que correspondían a los años sesenta en el Brasil, marcados por un largo período de caída de la tasa de crecimiento. F. H. Cardoso que siempre ha planteado una versión muy abierta, muy sociológica de la teoría de la dependencia, y que ha rehusado reducir la historia de las sociedades latinoamericanas a las grandes maniobras del capitalismo internacional, considera los datos estadísticos sobre el empleo y reconoce que el subempleo no es un fenómeno estructural del capitalismo dependiente. Durante cierto período, la industria ha destruido más empleos de los que ha creado. Pero cuando tal proceso llega a su fin, incluso si el desarrollo está guiado por industrias de capital intensivo, la liga entre el capitalismo dependiente y el subempleo generalizado puede desaparecer. Y concluye ese autor, de acuerdo con P. Singer y F. de Oliveira, que la mayor parte de las "contradicciones" deben atribuirse más bien al desarrollo capitalista en sí, y no tanto al estado de dependencia, como suele suceder.²⁴ De la misma manera que la época marcada por una superabundancia de mano de obra rápida, y así por una penetración capitalista en el campo sin elevación del nivel tecnológico de la agricultura, debe terminar próximamente, la superabundancia de la mano de obra urbana sub o desempleada es temporal y tiende a desaparecer en especial en São Paulo. En todas partes se generalizan las relaciones capitalistas de trabajo. En el campo, en el Estado de São Paulo, interesantes investigaciones han mostrado la desaparición de los "caipiras", campesinos pobres independientes, y su substitución por trabajadores asalariados agrícolas, los "boias-frias", dirigidos por empresarios de mano de obra que actúan de manera estrictamente capitalista. En la ciudad, las mujeres entran cada vez más a la industria, para compensar la baja de salarios reales, y disminuyen así uno de los componentes principales de la población marginada. Así, los críticos de la teoría de la dependencia se dividen, de hecho, en dos grupos. Unos, con F. de Oliveira, insisten sobre todo en las condiciones necesarias para el aumento máximo de las ganancias del capitalismo; sus análisis, por importantes que sean, no proporcionan una explicación del hecho de la marginalidad. Los otros, con P. Singer, toman un punto de vista más histórico del problema.

Pero, ¿es entonces la distancia tan grande como parece entre los partidarios y los adversarios de la teoría de la dependencia, una vez que se han apartado las formulaciones extremas y que se ha reconocido cierta dualidad entre los mecanismos de acumulación capitalista y de coyuntura

²⁴ Cf. "Autoritarismo e democratização", Río, Paz e Terra, 1975.

histórica latinoamericana o, más profundamente, entre modo de producción y modo de desarrollo?

Parece excesivo pensar, como parece hacerlo P. Singer, que la marginalidad está ligada a una época ya pasada de la historia económica, por lo menos en Brasil. Incluso para ese país, es cierto que la separación entre el sector secundario y el terciario se ha reducido en distancia relativa entre 1960 y 1970, pero todavía es mayor que la que existía en 1940.

	<i>Secundario</i> <i>BRASIL</i>	<i>Terciario</i>	<i>Secundario</i> <i>SAO PAULO</i>	<i>Terciario</i>
1970	5.295.427	11.171.439	2.003.684	3.067.328
1950	2.231.205	4.516.251	801.325	1.139.778
1960	2.790.789	7.589.233	1.049.295	1.894.962
1970	5.295.427	11.171.439	2.003.684	3.067.328

En el Estado de São Paulo, donde se concentra cada vez más la producción industrial, el sector terciario sobrepasa al secundario por 50% en 1940, claramente por menos en 1950, por mucho más en 1960, para llegar en 1970 a la misma situación que en 1940. Así, en este lugar de alta industrialización en Latinoamérica, el progreso relativo de la población activa industrial es muy limitado en relación con el de los "servicios". Si se considera el conjunto de América Latina durante los años sesenta, los servicios progresan más rápidamente que la industria en todos los países menos Venezuela.²⁵

CAMBIO DE LA PARTICIPACION DE LOS TRES SECTORES EN LA COMPOSICION DE LA POBLACION ACTIVA 1969/1960

	<i>Agricultura</i>	<i>Industrias de servicios de base</i>	<i>Servicios</i>
Argentina	-18,3	- 2,3	+10,7
Brasil	-10,7	+ 1,3	+21,4
Chile	-16,4	- 4,3	+14,5
Colombia	-11,3	- 6,1	+27,1
México	-13,1	+ 8,4	+21,9
Perú	-11,5	+ 4,0	+21,9
Venezuela	-22,5	+14,3	+10,0

²⁵ L. Kowarich, *op. cit.*, p. 141.

Esto se refleja también en un avance creciente de la población urbana sobre la población activa no agrícola.

	1950/1925 (1925=100)	1960/1950 (1950=100)	1969/1960 (1960=100)
Población urbana	112	159	147
Población no agrícola . . .	187	146	140

Pero no se tratará aquí de explicar las consecuencias económicas directas de la dependencia. Es el momento de reintroducir una visión histórica más completa, que está implicada en las observaciones de Paulo Singer, de Celso Furtado o de F. H. Cardoso.

IV. *Desarticulación y marginalidad*

a) Ante todo, deben examinarse los hechos demográficos, dado que son los más evidentemente extraños a la lógica de la dependencia o los más indirectamente ligados a ella. Pero no se puede separar en la explicación el aumento de la población y sus efectos —mezclados con los de otros cambios sociales— sobre la organización social en el campo. Latinoamérica no es el sureste asiático y son raras las regiones que tienen una gran densidad de población campesina. El aumento de la población sobrecarga los manifiendios; por ejemplo en las altas mesas andinas puede verse en ocasiones que se reparten por herencia, no hectáreas o áreas sino surcos. Pero en su conjunto, la agricultura ha mantenido una abundante mano de obra en un sistema de producción definido conjuntamente por la abundancia de tierra, la abundancia de mano de obra, la falta de elevación del nivel tecnológico y por lo tanto una agricultura o una ganadería extensiva con una pésima utilización de la tierra.

Esta extraña situación, que ha permitido que el capitalismo penetre en el campo sin la modernización, es la causa principal de la marginalidad urbana, dado que el arcaísmo de la economía rural le permite retener durante mucho tiempo la mano de obra, pero conduce a una crisis que finalmente expulsa su fuerza de trabajo excedente, sin que se establezca una relación de continuidad entre tal rechazo y la absorción por el mercado de trabajo urbano.²⁶

La expulsión se desarrolla a partir del momento en que los grandes propietarios se esfuerzan por salvaguardar su nivel de vida, a pesar de

²⁶ Cf. en parte P. Singer, "Urbanización, dependencia y marginalidad" en *Imperialismo y urbanización en América Latina*, op. cit., pp. 287-312.

la penetración de la economía comercial. Intentan eliminar la agricultura de subsistencia, la autonomía tradicional de los colonos, para consagrarse a una ganadería extensiva; así, proveen al mercado urbano con carne, o se benefician de la elevación del precio de la tierra, sobre todo cercana a la ciudad. En el Alto Perú las grandes haciendas se apoderaron de las tierras de los comuneros por violencia, instalaron cercas y constriñeron a la comunidad campesina a la disgregación. Por su parte, las reformas agrarias provocaron una cierta expulsión de mano de obra. En México, la rigidez del ejido condujo a su división en minifundios, lo que, por una parte, transformó a los ejidatarios en asalariados temporales en los dominios capitalistas, y por la otra los hizo emigrar a la ciudad.

En Perú y en Chile, los miembros de las nuevas colectividades rurales tienden a eliminar a aquellos que pudieran pretender compartir los resultados. Si los inquilinos chilenos se integraron a los asentamientos, los miembros de sus familias, que tenían posición de agregados o afuerinos, trabajadores temporales, con frecuencia fueron eliminados. La extrema izquierda chilena mantuvo, como uno de sus objetivos principales, la incorporación de todos los trabajadores en los nuevos centros de reforma agraria, lo que muestra hasta qué punto tenían fuerza las tendencias inversas. En Bolivia, al contrario, no parece que se haya producido una expulsión hacia las grandes ciudades. En fin, la crisis de la sociedad agraria puede tomar la forma extrema que conoció en Colombia en el momento de la violencia, ante la cual pueblos enteros huyeron de pronto, refugiándose sobre todo en Bogotá cuyas ciudades perdidas crecieron mucho en aquella época.

El estado de la economía agraria también contribuyó a atraer la mano de obra hacia las ciudades, en especial porque los bajos precios de la alimentación —que ayudaban a mantener bajos salarios— favoreció la industria en las ciudades; además, el Estado mismo, bajo la presión de las clases medias y de las mayorías urbanas, dio cierta protección a los trabajadores y a los habitantes de las ciudades, lo que significaba una situación envidiable, aun cuando parezca precaria, en relación con los trabajadores agrícolas.

Pero estos comentarios pueden implicarse en una falsa dirección: la imagen de un sistema económico que organiza a la vez la expulsión de la mano de obra agrícola y su inserción en las actividades industriales o artesanales, y que regula el "push" (expulsión) y el "pull" (atracción) de los migrantes es falsa. El push y el pull no están coordinados: porque la agricultura precapitalista se ha mantenido por la protección de las nuevas burguesías y porque la desarticulación es lo que más profundamente marca a las sociedades dependientes.

Es cierto que São Paulo tuvo al mismo tiempo una fuerte urbanización y una fuerte industrialización, pero Belo Horizonte, que contaba con 55,000 habitantes en 1920, tenía 1,250,000 en 1970, y Recife y Salvador también sobrepasaron el millón de habitantes después de un crecimiento

urbano que precedió el inicio de la industrialización en esas ciudades. Río de Janeiro, cuya parte en la producción industrial bajó mucho porque las empresas se agrupan cada vez más en São Paulo, pasó a tener en medio siglo de 1 a 4 millones de habitantes. La marginalidad urbana es ante todo el signo de la desarticulación de la sociedad dependiente, de la falta de coordinación de los sectores dominantes y los dominados en el empleo. Por lo tanto, es natural hacer una relación estrecha entre migración y marginalidad. Muchos migrantes encuentran un empleo y alojamiento normal, y en la población marginada se encuentra también a muchos individuos de origen urbano; pero la relación entre las dos variables no es por ello menos fuerte, como se demuestra en una encuesta realizada en México.²⁷

% DE MARGINADOS (QUE RECIBEN MENOS DE UN SALARIO VITAL) SEGUN EL ORIGEN

<i>Habitantes en la ciudad de México hace menos de 10 años</i>	<i>De 10 a 19 años</i>	<i>Hace más de 20 años</i>	<i>Educados en la ciudad de México</i>	<i>Nacidos en la ciudad de México</i>
38.6	29.2	26.4	17.3	15.8

La proporción de marginados es más elevada entre las mujeres inmigradas a la ciudad de México: 64% de las mujeres que inmigraron recientemente son marginadas en el sentido económico, y la proporción es de 45% entre las que llevan de 10 a 19 años en la ciudad. Entre las barriadas de Lima, J. Matos Mar no encuentra más que un 11% de jefes de familia nacidos en Lima. Entre los demás, el 36% viene de la costa y el 61% de la sierra.²⁸

b) El mismo razonamiento se aplica dentro de la misma economía urbana. Una industrialización ligada a la dominación económica extranjera está relacionada con una economía nacional más comercial que industrial, que no sólo se manifiesta por la importancia de la artesanía y del pequeño comercio, sino también por el subempleo característico de las sociedades comerciales. Las grandes ciudades latinoamericanas que tienen industrias, cuya tecnología con frecuencia es muy moderna, son también ciudades ampliamente preindustriales.

A pesar de que los teóricos de la dependencia creyeron demostrar que la penetración de las empresas extranjeras en los mercados nacionales

²⁷ H. Muñoz García, Orlandina de Oliveira, Claudio Stern, "Migración y marginalidad ocupacional en la Ciudad de México" en *Imperialismo y urbanización*, op. cit., p. 192.

²⁸ J. Matos Mar, "Les barriadas de Lima. Un exemple d'intégration à la vie urbaine ou L'Urbanisation en Amérique Latine", p. 180.

umentaba la marginalidad urbana, debe recordarse que en Río en 1790 casi el 50% de la población activa estaba empleada en servicios domésticos o en profesiones "no declaradas"; la proporción se eleva a 76% para los negros y a 53% para los mulatos, pero también a 43% para los blancos.²⁹

Puede pensarse en el París del siglo XVIII o en los grandes puestos mediterráneos, llenos de trabajadores ocasionales, de desempleados, de vendedores sin tienda, de trabajadores domésticos, y también de ladrones y de prostitutas; porque el capitalismo comercial transforma los intercambios pero no integra a las grandes masas de la producción en una organización racionalizada del trabajo, y puede no estar ligado a una transformación coordinada con el mundo rural. Mientras que el Estado y las empresas extranjeras dirigen la industrialización, los capitales nacionales, cuando no se exportan, se refugian en la especulación y conservan una movilidad extrema; como lo ha señalado F. Bourricaud en el caso peruano,³⁰ esto produce un consumo ostentoso, multiplica así los empleos inestables y los servicios personales de baja productividad. La concentración de los ingresos en los estratos superiores produce también la debilidad de la inversión en las industrias de consumo popular. De ahí, se produce la multiplicación de las pequeñas empresas que también son frágiles, y donde se encuentran muchas mujeres o jóvenes empleados, subempleados, o desempleados.

Por su parte, aquellos que han sido empujados hacia las ciudades por la presión demográfica y las transformaciones de la economía rural, no contribuyen a extender el mercado de productos urbanos, ya sea porque mandan dinero a su familia en su región de origen, o porque sencillamente sus ingresos son demasiado bajos. Esta población de migrantes refuerza la existencia de comerciantes que venden en muy pequeñas cantidades y de artesanos que trabajan a precios bajos y con frecuencia al margen de la legislación social, y se ocupa en empleos temporales mal pagados.

c) En conclusión, la marginalidad urbana no puede explicarse de acuerdo con la lógica interna de un sistema económico, de un modo de producción. Si se piensa que la historia latinoamericana debe comprenderse sobre todo como la del desarrollo capitalista, debe dejarse de lado la noción de marginalidad y sustituirla, como se ha hecho en el estudio de Europa, por una parte por la del desempleo y por otra por la de lumpenproletariado o de clases peligrosas. Si, al contrario, se da mucha importancia al concepto de dependencia, es muy tentador dar a la marginalidad gran importancia en el análisis, ya que parece resultar de la dualización de la economía, de la concentración de los ingresos y de la inversión en un sector limitado, aquel en que el capital extranjero produce bienes durables para los ricos.

²⁹ S. Schwartzman, "São Paulo e o Estado nacional", São Paulo, Difel, 197, pp. 14-45.

³⁰ *Pouvoir et société dans le Pérou contemporain*, Paris, Colin, 1967, pp. 22-3.

Pero un examen más atento muestra que tal posición, aparentemente clara, de hecho es confusa, tanto como la expresión misma de capitalismo dependiente. ¿Se trata de un modo de producción particular? ¿Se trata, al contrario, de un capitalismo que se desarrolla en condiciones históricas particulares? ¿Tiene el sistema una o dos lógicas? Los economistas brasileños han logrado quebrar la aparente unidad de la teoría de la dependencia, al demostrar que no existía una lógica de desarrollo del subdesarrollo, que la dependencia no excluía un fuerte crecimiento, una rápida industrialización y una reducción de la separación entre la urbanización y la industrialización.

Esto no puede llevar al rechazo del tema de la dependencia sino a transformarlo profundamente. Ya no debe hablarse de capitalismo dependiente, sino de acumulación capitalista en una sociedad dependiente. La marginalidad urbana es el signo más visible de la dualización de las sociedades dependientes, de la asincronía en la evolución de sus diversos sectores, de la necesidad consecuente de distinguir entre modo de producción y modo de desarrollo. En este punto del análisis, puede esperarse que se eviten los más graves malentendidos. No se trata aquí nada más de volver a las formas más simples de una explicación dualista, como si lo moderno se acercara poco a poco a lo tradicional, siendo la marginalidad una franja de descomposición social y cultural en el lugar de penetración de lo moderno en lo arcaico y de la absorción de la población rural por la economía urbana.

Pero tampoco se trata de aceptar la idea de una lógica única de un sistema integrado, ya que existe un sistema, su lógica es la de la desintegración, la de la desarticulación de los sectores. Por lo tanto, la marginalidad no puede separarse de una dominación que ha mantenido y utilizado a los sectores dominados en nombre de una lógica de la dependencia que se opone a la integración de la sociedad nacional. Debe añadirse que los marginados son constituidos como una categoría social por la acción administrativa del Estado. La legislación social protege a los trabajadores, pero no a todos; solamente a aquellos que tienen cierta antigüedad y regularidad en el trabajo. Igualmente los sindicatos, con frecuencia asociados con el Estado, organizan y defienden con mayor facilidad y voluntad a los obreros no marginados, que se concentran en empresas de cierta importancia. Tales procesos de integración social contribuyen a aislar, y por lo tanto a marginar, a los trabajadores que están en las condiciones menos favorables. Paralelamente, la política de la mayor parte de los gobiernos dirige su ayuda a la construcción de alojamiento para las clases medias, lo que excluye del sistema urbano organizado a los pobres mal alojados.

Además de la acción del Estado, debe reconocerse el papel decisivo del precio creciente de los terrenos, de la construcción y de las rentas urbanas, como causa de la creación de ciudades perdidas y de todas las formas de vivienda periféricas.

A. Rodríguez³¹ lo ha demostrado claramente en el caso de Lima. De 1940 a 1967 el precio del terreno y de casas y las rentas han aumentado claramente con más rapidez que las remuneraciones

	1940	1950	1960	1967
Terrenos	100	623	3.310	7.110
Venta de casas	100	677	1.689	4.435
Renta de casas	100	842	1.584	7.524
Renta de Deptos.	100	573	1.919	7.220
Salario (por día)	100	539	1.629	3.694
Pagos (por mes)	100	356	1.091	2.238

(Indices 100 en 1940).

Un gran número de arrendadores son incapaces de hacer frente a las rentas crecientes. Los recién llegados no pueden ya instalarse en el centro de la ciudad. Con frecuencia son expulsados por propietarios que quieren sacar mejor partido de su terreno. Así, deben retirarse hacia la periferia de las ciudades, como sucedió con los habitantes de las favelas de Río, cuyas viviendas destruyó en especial el gobierno de Lacerda.

En Buenos Aires, la vivienda periférica es de mejor calidad que la de Lima, pero el problema es el mismo.

Así, pues, es la acción de los propietarios la que provoca un desequilibrio análogo al que sufrió París bajo el Segundo Imperio, cuando los habitantes de las clases populares fueron rechazados en masa hacia los barrios periféricos.

Es imposible reducir a una unidad este fenómeno y el de subempleo. Las migraciones hacia la ciudad provocan un impulso especulativo que los gobiernos protegen con mucho más frecuencia que la combaten. De ahí, la formación de ciudades perdidas, aun cuando no haya desempleo y sólo haya un poco de subempleo. Todo esfuerzo por reducir la marginalidad a un atributo de un sistema de producción es arbitrario. Subempleados y mal alojados, los marginados viven a la vez las consecuencias de una economía dominada y los efectos de la sociedad dependiente, sin que esos dos mecanismos se translapen por completo y sin que tampoco puedan separarse por completo. El interés de la noción de marginalidad viene de lo que ésta representa en una sociedad desarticulada:

³¹ Alfredo Rodríguez et al., "Segregación residencial y desmovilización política. El caso de Lima", Buenos Aires, Siap Planteos, 1973, p. 21.

dos fenómenos relacionados pero ellos mismos desarticulados, es decir que no se translanan. Veremos más adelante las consecuencias que se deducen de tales observaciones para el análisis de la conducta social y política de los marginados.

Más concretamente, esto obliga a afirmar la existencia de una población marginada, como la parte translapada del subempleo y del mal alojamiento. La imagen de una población ecológicamente marginada y homogénea es falsa; pero la reintroducción completa de los marginados dentro de la clase obrera no lo es menos.

M. Castells, más que cualquier otro, ha rechazado la especificidad social de las ciudades perdidas y otras formas de vivienda marginada: "las 'poblaciones' no son el refugio de la desintegración social ni presentan una concentración de lumpen, sino que son la única forma posible de alojamiento para una parte de la clase obrera (la de los sectores 'tradicionales'), a la que se añade una gran parte del proletariado de la gran industria, inclusive empleados y pequeños burgueses, además de que los grupos obreros sean claramente hegemónicos".⁸²

En suma, existe un grave problema de alojamiento, pero sería falso concluir que los mal alojados formen una categoría social particular. Si debe hablarse de marginalidad, sólo puede ser entonces en otro sentido —como se verá— como atributo de un capitalismo dependiente, cuyo mercado de trabajo tiene muy poca capacidad de integración. ¿Debe aceptarse la separación completa entre los problemas de alojamiento y los de empleo y, así, mantener las categorías sociales clásicas como la clase obrera, dividida quizá en sectores dinámicos y en sectores en crisis, a lo que se agrega el lumpenproletariado? Desde ahora, deben recordarse las implicaciones sociológicas de tal análisis: la participación social y política no es menor en la vivienda marginada que en otras partes y, sobre todo, la acción posible debe ser ante todo una acción de clase. Esta hipótesis será retomada más adelante. Pero la descripción socioeconómica de M. Castells está lejos de conseguir la adhesión de los sociólogos. Es precisa cuando muestra que las "poblaciones" o callampas no son muy diferentes socioprofesionalmente de otros barrios populares; incluso pueden ser más obreras que los viejos barrios de barracas, más ligados a una población de artesanos o comerciantes pobres. Sin embargo, la imagen de una población ante todo obrera es paradójica, en especial porque la evolución de la población demuestra que la urbanización la ha llevado a Santiago, más que la industrialización. ¿Cómo es que los recién llegados son, en su mayoría, obreros, mientras que la población activa no muestra un impulso equivalente de la categoría obrera? La encuesta de F. Vanderschueren, citada por Castells, da una imagen muy diferente. El proletariado propiamente dicho representa un promedio de 21.5% de la pobla-

⁸² *La lucha de clases en Chile*, Buenos Aires, Siglo XXI, p. 257.

ción marginada, el llamado lumpen 26.5%,³³ y la categoría bastante mal definida del proletariado en crisis, 36.5%. Es por lo menos tentador cambiar las categorías y considerar que existe un grupo considerable de trabajadores "marginados", que sólo participan parcial u ocasionalmente en las relaciones de producción capitalista y que, por consiguiente, no pueden definirse como fracción de la clase obrera.

Por otra parte, más adelante en el mismo libro (p. 289), al estudiar cuatro "campamentos" importantes, Castells encuentra 37.6%, 22.3%, 33.2% y 19.5% de desempleados, lo que demuestra hasta qué punto es inexacto hablar de obreros en general. En este caso no puede tratarse de desempleo (1971) sino de subempleo, y deberían elevarse estas proporciones si se consideran todos aquéllos que, obreros o no, sólo tienen un empleo ocasional o uno de muy baja remuneración.

Tal es la conclusión de un análisis que ha debido separar sucesivamente una definición ecológica y cultural, que aún no formaba parte de los conocimientos sobre economía latinoamericana, una explicación mediante el desarrollo capitalista que generalizaba apresuradamente débiles observaciones paulistas y que subestimaba las diferencias entre la urbanización y la industrialización. Se trata, sobre todo, de un análisis en términos de dependencia, que no es falso pero sí confuso; por lo tanto, debe rechazarse la idea de un mecanismo económico central y, así, de una identificación de la dependencia, del subdesarrollo y de las formas de organización social, para plantear —al contrario— la idea de la sociedad desarticulada. La población marginada no es aquella que en una sociedad dualista estaría aislada en una tierra de nadie; es la que sufre las consecuencias del subempleo, ligado al capitalismo dependiente, y las de la crisis de la sociedad agraria y de la sociedad comercial urbana, a la vez. Una sociedad desarticulada no es la yuxtaposición de dos sociedades; es una sola y en su centro está la población llamada marginada, que manifiesta sus contradicciones más claramente y que, por lo tanto, produce también conductas colectivas, sociales y políticas, que no pueden reducirse ni a conductas de clase, ni a la apatía, ni a la pobreza.

La marginalidad es, pues, un atributo de las sociedades dependientes consideradas en su conjunto, por la naturaleza de las inversiones, por la evolución de los sectores precapitalistas o protocapitalistas, por la función del Estado mismo, más orientado hacia el reforzamiento de las clases medias que hacia la integración de los menos favorecidos. No puede incluirse en un sitio en particular. La marginalidad es el signo del desgarramiento de toda la sociedad.

³³ Ibidem.

SEGUNDA PARTE

CONDUCTAS SOCIALES Y POLÍTICAS DE LOS MARGINADOS

I. *Entre dos extremos*

Las imágenes de marginalidad que hemos apartado llevaban a definir las conductas marginales como de bajo nivel de participación social. Esto no es absolutamente falso. Aquellos que tienen bajos ingresos, un empleo inestable, una vivienda degradada y, sobre todo, muy alejada del centro urbano deben dedicar su ingreso y su tiempo a las necesidades más elementales. Su nivel de educación es bajo y, por lo tanto, también su nivel de información, su capacidad de elección y de intervención. Ha sido Desal³⁴ sobre todo quien ha desarrollado esta definición. Es un progreso evidente si se le compara con la descripción puramente material en términos de bajos ingresos y malas condiciones de alojamiento. Pero reduce las conductas sociales a una débil organización y a una también débil capacidad de acción. Desal no describe así solamente algunas situaciones extremas: según él, la mitad o más de la población debe considerarse como marginada. Se trata, pues, de una población "pasiva", tanto o más rural que urbana. Parece un exceso presentar una visión tan negativa y tan externa de grupos de población, sobre los que cabría preguntar, por lo menos, si tienen una organización social particular, posibilidades de acción colectiva y, por consiguiente, si no están sometidos a coerciones especialmente fuertes. Desal considera que los marginados están "fuera del sistema social". ¿Debe repetirse que es un completo error y que incluso impide el análisis? Por lo menos conviene recordar que tal punto de vista se ubica en un amplio conjunto de trabajos funcionalistas, en el campo de las ciencias políticas. En un libro tan célebre como el de G. Almond y S. Verba, *The Civic Culture*, Princeton University Press, 1963, se expresa la idea de que los más pobres en América Latina aceptan su baja posición sin cuestionarla; fatalismo nutrido de religión. La presentación muy universitaria de tal ocurrencia no debe hacer que se olvide que se trata, aquí, de la expresión más cruda de una ideología directamente ligada a los intereses del imperio norteamericano, y que los trabajos de inspiración marxista sobre la dependencia han permitido un progreso intelectual decisivo, al rechazar y destruir, de una vez por todas, discursos tan desprovistos de argumentación. "Análisis" como éstos están muy lejos de explicar un género particular de vida. Aun cuando la población marginada sea heterogénea, grandes sectores dentro de este conjunto

³⁴ Desal, *América Latina y Desarrollo Social*, 2 vol., Santiago, 1965; Desal, *Seminarios de promoción popular*, Santiago, 1966; *Marginalidad en América Latina: un ensayo de diagnóstico*, Barcelona, Herder, 1969.

presentan formas particulares de cultura y de organización social y, por lo tanto, diferencias y no sólo un bajo nivel de participación.

Quienes analizan la marginalidad como una característica estructural de un modo de producción se resisten también a la idea de un género de vida marginada. A. Quijano rechaza la idea de una cultura marginada, en la que no ve más que el margen de una cultura proletaria, "la subcultura dominante sólo puede ser la del proletariado, la cultura de los marginados prolonga —con modificaciones que se deben a la pobreza y a la marginalidad— la cultura producida por las otras capas populares de la sociedad y en primer lugar por el proletariado".

Esta idea en realidad contradice la representación de la sociedad propuesta por el mismo A. Quijano. Si bien existen un polo dominante y un polo marginado en la economía, no puede existir una cultura obrera unificada. Es difícil, sobre todo, aceptar tal afirmación, dado que no se apoya en observaciones precisas y que contradice las conocidas. Lo que temen los que se oponen a la existencia de una cultura marginada es un análisis realizado en términos puramente urbanos, aislados de un análisis general de la organización económica y social. M. Castells es quien ha combatido con más fuerza las nociones propiamente urbanas, una reificación de lo urbano que implica un análisis de la sociedad y de la ciudad en términos de participación, dentro de la tradición funcionalista y sobre todo del espíritu de la escuela de Chicago hasta Louis Wirth.³⁵ Tal crítica es vigorosa y necesaria, pero sólo es aceptable en la medida en que se consideren situaciones reductibles a un modo de producción integrado. No puede aislarse la urbanización de Dunkerque de la industrialización de esta zona urbana, bajo la dirección de grandes empresas oligopólicas estrechamente ligadas al Estado. La desarticulación de las sociedades dependientes lleva a una percepción muy diferente. En el mundo rural no es suficiente decir que las comunidades indias fueron modeladas por la Conquista y el desarrollo de la agricultura de exportación, encerrando y excluyendo a las comunidades campesinas, ya que la acción de éstas no puede ser de la misma naturaleza que la de los asalariados de un empresario capitalista. Más bien las comunidades se forman a través de la defensa de una identidad colectiva y del rechazo global de un orden dominante. De la misma manera, en los países capitalistas centrales, puede ser útil recordar que los trabajadores inmigrados, argelinos, portugueses o turcos son proletarios o incluso hiperproletarios, pero no reconocerlos como argelinos, portugueses o turcos limita la comprensión de su conducta, que es la de trabajadores dependientes, a la vez que de asalariados industriales. Asimismo, los marginados pertenecen al sistema capitalista, por la exclusión más aún que por la explotación. No pueden participar directamente en una conciencia o una lucha de clases; su aislamiento y, por lo

³⁵ Ver en particular *La question urbaine*, París, Maspéro, 1972, pp. 101-49.

tanto, su subcultura los sitúan en relaciones de producción y en un modo de desarrollo determinados.

Sin embargo, ninguna crítica que se haya formulado contra una reducción de la marginalidad a las relaciones de clases puede servir de impulso para un análisis de su conducta en términos de apatía y de falta de participación. ¿Se trata realmente de un análisis? La ideología está demasiado patente y no puede uno equivocarse. El marginado es juzgado apático porque no participa en la sociedad tal como es, es decir, en aquella que ha producido su marginalidad. Siempre se puede escoger un acercamiento psicossociológico o cultural, pero con la condición de no introducir en el razonamiento, de contrabando, una visión de la sociedad que, no por ser vaga y casi sobrentendida (las cosas son lo que son) es menos violentamente partidaria, e impide la observación real de la conducta. Se habla de la apatía de los marginados como otros han hablado de la pereza de los africanos o de los árabes —con el mejor espíritu colonialista— incapaces de ver los efectos de la explotación, de la explotación y de la crisis cultural en poblaciones desposeídas de sus mejores tierras o de su organización social y cultural. El estudio de la conducta, al igual que el de la situación, debe rechazar codo con codo una descripción psicossocial o culturalista tanto como una reducción de los marginados a un hiperproletariado.

II. *La cultura de la pobreza*

Así pues, se trata de encontrar, dentro de una cultura marginada, de lo que Oscar Lewis llama cultura de la pobreza, la marca de una participación desarticulada en un capitalismo dependiente. Y dado que nadie ha descrito tan cuidadosamente esta cultura como Oscar Lewis, presentaremos sus ideas que, como se verá, están lejos de la reducción al simple culturalismo que sus críticos le reprochan: críticos que parecen no haberlo leído.

Pero ante todo debo prevenir al lector que no defenderé la idea paradójica llevada al máximo por Lewis: el estudio de las formas de acción colectiva de los marginados. Es fácil darse cuenta de que él ha considerado, en México y en Puerto Rico, situaciones que no pueden encontrarse ni en las barricadas de Chimbote ni en los "campamentos" de Santiago. Sólo quiere mostrar que un buen observador, incluso si se limita a un campo muy estrecho, no puede quedarse en un análisis en términos de la escasa participación social.

O. Lewis observa ante todo un aislamiento real de las colectividades marginadas, que viven en las barracas del centro urbano o en las ciudades perdidas periféricas. Tal imagen está de acuerdo con los análisis tradicionales. La colectividad marginada tiene una débil organización interna y ligas débiles con el entorno social.

Dentro de ella, la familia y el grupo de vecinos constituyen casi las

únicas unidades de vida social; fuera de ella la participación en actividades sociales, políticas y culturales del conjunto urbano o de su centro es siempre muy escasa, lo que implica un claro conservadurismo. ¿Implica tal descripción un análisis reducido a la medida de la participación social? Absolutamente no. O. Lewis, procurando definir la situación de marginalidad, indica de inmediato que ésta pertenece a las sociedades capitalistas, y sobre todo, que está ligada a una coyuntura histórica definida por el crecimiento económico, la penetración de empresas norteamericanas, y el abatimiento del nivel de vida obrera.

Va todavía más lejos: la cultura de la pobreza, según él, sólo existe donde se imponen los valores burgueses de adquisición, que son contradictorios con la realidad de la pobreza. La cultura de la pobreza, lejos de ser cultura del aislamiento, es sin embargo el producto del aislamiento, es el producto de mecanismos sociales que funcionan como una bomba que absorbe y expulsa. Quienes son atraídos por la riqueza, el empleo, la educación, son al mismo tiempo rechazados por la concentración del ingreso, el desempleo, la segregación residencial o la falta de mobiliario ciudadano.³⁶

“La cultura de la pobreza es, a la vez, una adaptación y una reacción de los pobres hacia su posición marginada en una sociedad capitalista, estratificada en clases y altamente individualista” (p. xlv). Al fin, llega a una formulación sorprendente: “Cuando los pobres adquieren una conciencia de clase o se convierten en miembros activos de las organizaciones sindicales, o cuando adoptan una visión internacionalista del mundo, dejan de pertenecer a la cultura de la pobreza, aunque puedan seguir siendo terriblemente pobres. Todo movimiento, ya sea religioso, pacifista o revolucionario, que organice a los pobres, les da esperanza y desarrolla efectivamente su solidaridad y su identificación con grupos más amplios, destruye el núcleo psicológico y social de la cultura de la pobreza” (p. xlviii). Esta formulación está lejos del culturalismo ingenuo, encerrado en los límites estrechos del grupo. ¿No está mucho más cerca del tema de la enajenación? Lo que añade Lewis, como etnólogo, es que tal situación y las conductas que implica no son consideradas puramente como coerciones externas, sino que se interiorizan y se transforman en normas transmitidas a los hijos. Existe, pues, una cultura y una personalidad marginadas, nociones que se imponen si se considera ya sea la educación o las conductas individuales; esto no contradice ni excluye un análisis sociopolítico de las razones de la impotencia y de la pasividad sociopolítica.

Cuando se habla de lumpenproletariado, se supone una exterioridad completa de la acción de clase, social o política. La cultura de la pobreza, tal como la describe Lewis, está dentro del sistema de relaciones sociales,

³⁶ Cf. en particular la introducción a *La vida* en la edición Vintage Books, 1968, pp. xlii-lit.

pero en tales condiciones que sólo una movilización general podría incluir a los marginados. Éstos no tienen capacidad de iniciativa, pero no son ajenos a la sociedad, ni están encerrados en las particularidades de una cultura completamente diferente tanto de la cultura rural como de la cultura urbana.

Las notables observaciones de O. Lewis contradicen constantemente la idea —que sin embargo se le atribuye— de un tipo cultural definido por principios o por un nivel de participación. Siempre giran alrededor de la asociación de contrarios. Los habitantes de las barracas de México, o de las ciudades perdidas de San Juan de Puerto Rico, son brutales, violentos, agresivos, y a la vez alegres y sensibles. Nada los define peor que la marginalidad. Viven en la ambigüedad, en la incorporación impotente, y a la vez en la participación y en la exclusión.

Sin embargo, debe añadirse que estos análisis —que encuentro en los libros de Oscar Lewis— están a veces limitados por otras perspectivas. No puede considerarse que Lewis dé mucha importancia a la migración, a la situación de a medias, entre el mundo de partida y el mundo de llegada, lo que puede estorbar un análisis de la desarticulación de la sociedad urbana misma. Esta insistencia sobre los efectos de la migración puede incluso salvar el reproche de culturalismo estrecho.

En realidad, lo que se le critica a Lewis, es el hecho de que se ponga a sí mismo, a veces, como consejero de los trabajadores sociales de las clases, medias, para mostrarles que los pobres no son asociales ni marginados, sino que viven de acuerdo con normas sociales y culturales que guían su conducta, y que ellos transmiten a sus hijos. Al aceptar este papel, limita mucho el alcance de sus análisis. Pero no hay razón para negarle a Lewis una pequeña parte de lo que se da tan generosamente a Balzac: éste, que era monarquista y conservador, supo pintar las relaciones de clases en la Francia de la Restauración. Es posible que Lewis tenga las limitaciones de un liberal norteamericano respecto de los pobres en América Latina, pero entiende la realidad social mucho más profundamente que aquellos que se desvían de los hechos observables para suponer que los desempleados o los mal alojados tengan una conciencia revolucionaria, cuyos signos les sería difícil citar. No obstante, debo añadir que si he querido corregir la imagen de Lewis más generalmente difundida, ha sido para mostrar que los hechos observados por este antropólogo justifican un análisis en términos de conflictos y de contradicciones y no de participación; no ha sido para afirmar que todos los marginados participan en la cultura de la pobreza. Ciertamente, éste es sólo un tipo de conducta, entre otras. Así pues, convendría orientarse ahora hacia un análisis más general.

III. *La enajenación*

Los marginados no forman una sociedad independiente fundada sobre una cultura particular. Su conducta no puede comprenderse como la del estrato más bajo de la sociedad, como un nivel muy bajo de participación social.

Dado que la sociedad dependiente los produce y los rechaza a la vez, están sometidos a autoridades externas, de las que pueden recibir protección y ayuda o al contrario represión, al mismo tiempo que están replegados sobre grupos primarios, hambre y sus vecinos. Están a la vez interesados en la política y desconfían de los partidos, lo que se demuestra en la encuesta de DESCO en Lima, ya citada (cf. p. 190).

	<i>Votantes</i>	<i>Declaran: los políticos se preocupan por problemas públicos</i>	<i>Favorables a la existencia de muchos partidos políticos</i>
Barrios residenciales ..	88,6%	22,8%	41,9%
Ciudades	97,3	20,8	31,5
Vivienda "convencional"	92,1	28,7	33,4
Programa de construc- ción	92,2	34,7	32,6
Barriadas	91,0	31,9	23,5

Esto vale tanto para la política como para la religión. La desconfianza respecto de la iglesia organizada aparece porque se relaciona con los ricos y con una fuerte participación de sectas y, a la vez, porque con frecuencia tiene una actividad mágica; pero también porque está más alejada de las instituciones externas y más orientada hacia el grupo en sí mismo.³⁷

Su capacidad de acción en la sociedad es muy débil, porque una acción colectiva supone una relación social entre el actor y su(s) adversario(s) y una posición en esa relación social. Las definiciones de la acción de uno, de su adversario y del campo social y cultural de su relación están aquí casi completamente desunidas.

Por lo tanto, la conducta tiende a ser guiada por sólo uno de estos tres principios de orientación. El grupo se encierra en sí mismo, asume

³⁷ J.P. Bompert, "Les cultes protestants dans une favela de Rio de Janeiro en *América Latina*, 1969, 3, pp. 137-59.

su exclusión, afirma su diferencia, o al contrario se lanza a una acción puramente agresiva respecto del mundo, el de los ricos del centro, como ha sido el caso en los motines urbanos, como el Bogotazo de 1948 o el Limazo de 1975; o bien los marginados intentan integrarse de manera dependiente y heterónoma en el orden social, utilizando o dejándose utilizar por el clientelismo de los políticos o de otros organismos de integración social. Aun cuando las ciudades perdidas se forman por invasión, sus habitantes son poco politizados. En el Perú, E. Henry observa que el grupo de invasión está encerrado en una lucha particular, contra un dirigente político o contra un propietario, y difícilmente participa en una acción más general. Una encuesta profunda, llevada a cabo en las ciudades perdidas de Lima y de Santiago,³⁸ ha demostrado la debilidad de la organización política local y de las asociaciones voluntarias. Con frecuencia éstas han sido muy fuertes en el momento de la invasión o de la organización de la población, pero se han adormecido rápidamente. Los partidos políticos se consideran siempre menos importantes y eficaces que el presidente, el gobierno o la municipalidad. La vida política se sitúa, pues, en dos niveles poco relacionados entre sí. Por una parte, está la acción por el alojamiento u otro objetivo inmediato; por la otra, una penetración directa en el sistema político nacional, ya sea por manipulación demagógica o paternalista, o bien por explosiones de violencia. En el Perú la manipulación política de los habitantes de las ciudades perdidas fue la más precoz y sistemática. Ya importante en tiempos de Leguía, se hizo espectacular bajo el régimen de Odría. La esposa del presidente patrocinó por sí misma la invasión de terrenos, lo que resultó ser un medio eficaz para sobrepasar al Apra, que ya estaba orientado hacia las clases medias. Pero al final de su régimen en 1954, adversarios políticos de derecha organizaron, para combatirlo, la gran invasión de Ciudad de Dios. Rojas Pinillas en Colombia, y Pérez Jiménez en Venezuela hicieron un llamado a los marginados en nombre del mismo populismo oligárquico.

Los partidos de las clases medias, como el Apra en Perú y sobre todo la Democracia Cristiana en Chile, se esforzaron por constituirse también una clientela en las ciudades perdidas, en especial mediante programas de "promoción popular", de alfabetización, de educación y de desarrollo comunitario, creando juntas de vecinos y centros de madres. El gobierno militar peruano, después de 1968, toma control sobre las barriadas —rebautizadas como Pueblos Jóvenes— a la vez para deshacerse de los adversarios políticos y para llevar a cabo una política de estabilización más que de integración, dado el alejamiento considerable de las grandes ciudades perdidas en relación con el centro de Lima. El asunto más importante fue la invasión de Pamplona, el Pamplonazo, en 1971. La Junta final-

³⁸ D. Goldrich, R.B. Pratt y C.R. Schuller, "The Political Integration of lower class urban settlements in Chile and Perú" en *Studies in Comparative International Development*, III, 106.

mente desplazó a los pobladores a la ciudad de El Salvador, preparada para recibir a 300,000 habitantes y que, desde 1972, contaba con 100,000 generados por el SINAMOS. Sin embargo, debe señalarse que a partir de 1972 en el Perú también aparecieron invasiones dirigidas por fuerzas de izquierda, particularmente en la barriada Independencia.

Los dirigentes políticos no son los únicos que intentan manipular a los habitantes de las ciudades perdidas. Los bancos se interesan en su ahorro virtual. En Perú, por ejemplo, el banco Wiese apoya el programa de la Acción Comunitaria.³⁹ En fin, muchas asociaciones de pobladores están controladas por traficantes, algunos de los cuales intentan utilizar una mano de obra barata y otros procuran establecer comercios imponiendo precios muy elevados a una población alejada del comercio normal. La yuxtaposición de conductas opuestas, su mezcla sin combinación o elaboración, caracteriza a esta población enajenada, es decir que vive la contradicción entre su propia experiencia y el sentido que la clase o el orden dirigente da a la misma experiencia. Los marginados se consideran a sí mismos como tales, aspiran a tener un nivel más alto de participación, procuran la instalación del agua corriente, la electricidad o un puesto de policía en su barrio; en otras palabras se ven a sí mismos con los ojos de la sociedad y la modalidad dominantes. Pero, al mismo tiempo, escapan de tal definición por la huida, el retiro, la agresión, y también por la fuerza del sentimiento, del deseo, del sueño.

El análisis de la conducta es naturalmente paralelo al análisis de la situación. Es falso presentar a los marginados como el corazón mismo del proletariado y esperar de ellos una conducta revolucionaria; las profecías de Fanon han sido desmentidas constantemente por la realidad histórica. Es también falso representarlos como desviados o abandonados y, por consiguiente, tratarlos como menores de edad a quienes deben proporcionarse instrumentos de participación social e inculcarse las normas y los valores de la clase media. Quienes han presentado a los marginados como migrantes, perdidos en una situación a medias indistinta entre el campo y la ciudad, se han conformado con un análisis muy superficial del cambio social; sin embargo, su principio de análisis es justo. Los marginados son producidos por la falta de evolución general de la sociedad, por la disyunción de la transformación de la sociedad agraria y del proceso de industrialización. La urbanización no es, en ningún caso, un principio suficiente para la definición de una situación social, pero los marginados viven en una sociedad que hace de la ciudad un ambiente específico y del barrio una colectividad más real que la empresa.

IV. *Una población dependiente*

La cultura de la pobreza es una de las formas de reacción del paso de la sociedad rural a la sociedad urbana. La salida de la sociedad rural puede

³⁹ E. Henry, *op. cit.*, pp. 184-218.

determinarse más por la expulsión del lugar de partida o por la atracción de la ciudad. Por otra parte, la llegada a la ciudad puede conllevar una integración o, al contrario, una marginación, según la situación del mercado de trabajo. Cuando la espera lleva a la integración, es posible que los migrantes se movilicen; a la inversa, si se integran en el mercado de trabajo urbano, cuando han sido más bien rechazados del campo que atraídos por la ciudad, pueden hacerse hiperconformistas; ése fue el caso de muchos inmigrantes rechazados por la miseria o la persecución e impulsados hacia los grandes centros europeos o americanos de desarrollo económico.

En el caso en que la atracción hacia la ciudad es fuerte, y se satisface con la integración, puede preverse una conducta de movilidad individual, como la que he observado en Francia.⁴⁰

En fin, parece ser que la cultura de la pobreza corresponde al crecimiento de los valores débiles de las dos variables: en los casos en que la marginación responde a las demandas débiles de una población más bien expulsada del medio de partida que positivamente atraída hacia la ciudad.

PARTIDA			
<i>Llegada</i>	Integración	Atracción Movilidad Radicalización	Expulsión Hiperconsumo Cultura de la pobreza
	Marginación		

La conducta de movilidad es frecuente; está bien indicada por la insistencia de los migrantes en las oportunidades de lograr una posición social más alta y, sobre todo, en la importancia de la educación que los hijos pueden recibir en la ciudad. Es frecuente también que se manifieste por un fuerte moralismo: la lucha contra el alcohol, ciertas formas de enajenación, la prostitución, y está organizada y difundida ya sea por la iglesia católica o por sectas protestantes, muchas veces con el apoyo de asociaciones extranjeras, en especial norteamericanas.

Más característica es la conducta llamada aquí hiperconsumo, análoga a aquella que muchos sociólogos norteamericanos han descrito en el caso de los obreros negros no calificados de Chicago y de otras ciudades del norte. En Chimbote, Denis Sulmont (*op cit.*) hizo una muy buena descripción del espíritu "cholo": la afirmación violenta de un deseo no regulado de participación en la vida urbana, un deseo que choca con la organización social y que estalla en conductas machistas de afirmación individual en los bares y los burdeles, en la borrachera y en la burdeleada.

La radicalización toma la forma de un populismo revolucionario, poco

⁴⁰ A. Touraine y O. Ragazzi, *Ouvriers d'origine agricole*, París, Le Seuil, 1961.

estructurado, pero que organiza comités de defensa, sobre todo cuando algún partido político los patrocina o les da ayuda directa.

Ninguno de estos tipos de conducta es simple ni puede reducirse a un nivel alto o bajo de participación. Todos, de la misma manera que la cultura de la pobreza, se desgarran por la contradicción entre formas de participación y formas de rechazo.

Este tipo de análisis no debe separarse del estudio de las sociedades dependientes. Es útil considerar las condiciones del paso de un ambiente a otro, ya que la sociedad dependiente no es un sistema gobernado por un principio central. Su desarticulación obliga a llevar el análisis en términos de cambio y de movilidad por lo menos tanto como en términos de estructura.

Si se considera más directamente la población marginada, la disyunción de la participación se confirma con acciones limitadas y definidas en términos de consumo y de la movilización heterónoma con objetivos políticos generales. Se han señalado ya las manipulaciones demagógicas y el paternalismo. Pero la conclusión no varía si se consideran las formas de movilización política realizadas por los partidos de izquierda en Chile, sobre todo durante los años de la Unidad Popular. El estudio de los investigadores del CIDU⁴¹ sobre un viejo barrio de Santiago muestra la separación clara entre una acción de tipo cooperativo, de resistencia contra los propietarios, y en el plan de renovación urbana, y la acción del MIR respecto de los "sin casa" que intentaba pasar de la lucha por el alojamiento a la lucha revolucionaria.

M. Castells,⁴² al considerar el conjunto de movimientos urbanos, reconoce que los partidos sólo intervenían en los "campamentos" en la medida en que resolvían problemas concretos, es decir sólo cuando eran mediadores eficaces con las autoridades. Señala también una falta de relación casi total entre el movimiento de los pobladores y el movimiento obrero. Los primeros sólo actuaban como consumidores, por lo que su acción comienza a partir de mediados de 1972, cuando la inflación se desencadena y el abastecimiento se dificulta. Nada demuestra, como parece creer Castells, que una acción política firme, orientada por la conciencia de clase y dirigida a una base claramente obrera, logra una fuerte movilización; más bien sucede lo contrario. Los hechos presentados por este excelente observador muestran que tal movilización no puede llevarse a cabo más que en el límite en un populismo revolucionario, en el momento en que crisis y conflicto social se hacen indistintos. Tal fue el concepto de Víctor Toro, dirigente del MIR. Los movimientos por el poder popular se apoyaban en los obreros de pequeñas empresas sacudidas por la crisis y en los "pobladores". Los socialistas también intentaron impulsar los movi-

⁴¹ V. Balanowsky, F. Pingeot, J. Recabarren, F. Vanderscheuren, "Movilización urbana en los conventillos de Santiago" en *Estructura de clases y política urbana en América Latina*, editado por M. Castells, Buenos Aires, SIAP, 1974, pp. 164-90.

⁴² *La lucha de clases en Chile*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974.

mientos de base con la constitución de una "central única del poblador", pero sin mucho éxito; el esfuerzo de movilización de base se tradujo frecuentemente en el poder de caudillos locales.

La acción de los pobladores se sitúa, pues, entre dos límites teóricos, igualmente alejados de los comportamientos observables: la apatía y la rebelión revolucionaria. Está dominada, no por formas más limitadas o más modernas de movilización, sino por la separación de la base y de la cima. La conciencia política en los "campamentos" es siempre el patrimonio de los dirigentes, militantes de partidos de la UP o del MIR. Eran ellos los que tomaban las iniciativas políticas o culturales. Podían controlar la vida interior del campamento, hacer reinar el orden y la disciplina, el control de los precios, la moralidad. Pero no se movilizaban mientras los pobladores, por su parte, fueran capaces de lograr su alojamiento o de sostener a otros mal alojados.

El resultado en Chile fue una tensión creciente entre el gobierno de la Unidad Popular y los movimientos de pobladores, que llegó en ocasiones a graves incidentes, como el de Hermida en agosto de 1972. La disociación para la izquierda chilena no puede reducirse a la oposición de los pobladores y del sindicalismo obrero, pero fue fuertemente acentuada por la diferencia de naturaleza entre un movimiento de clase asociado a un gobierno de izquierda y un populismo revolucionario, a la vez defensivo y agitado por dirigentes revolucionarios o populistas y revolucionarios.

Nada muestra mejor la naturaleza de la situación marginada que la conducta social y política de los marginados, sobre todo en un régimen tan movilizador como la Unidad Popular chilena. Es imposible hablar de apatía y de falta de participación en lo que se refiere a los campamentos; pero es igualmente imposible hablar de lucha de clases.

Alejados de la situación chilena y de la fuerte intervención de las fuerzas de izquierda, la idea de la virtualidad revolucionaria de los marginados, rebeldes por excluidos —expresada en especial por D. Ribeiro,⁴³— choca aún más con la heterogeneidad de la población marginada y con la fácil penetración de agentes, directos o indirectos, del *establishment* en una población siempre amenazada en sus intereses más inmediatos.

No puede hablarse de una sociedad dependiente y buscar allí actores sociales "positivos". Lo propio de un modo de desarrollo tal es que todo aparece a la inversa. La explotación se convierte en exclusión; el trabajo en privación de trabajo. Pero también la clase se convierte en la comunidad y la acción política tanto en sumisión a las manipulaciones demagógicas como en violencia repentina.

⁴³ "El desafío de la marginalidad" en *Estudios Internacionales*, vol. 4, no. 16, ene-mar., en parte pp. 101-104, 116.

BIBLIOGRAFIA GENERAL

- Manuel Tosta Berlinck.—*Marginalidade social e relações de classes em São Paulo*, Petrópolis, Vozas.
- Fernando H. Cardoso.—Comentarios sobre os conceitos de superpopulação relacionado con la marginalidad en in *O modelo político brasileiro*. São Paulo, Difel, 1972.
- Manuel Castells.—L'urbanisation dépendante en Amérique Latine. *Espaces et Sociétés* n° 3, Julio 7 y tomando en parte los mismos títulos: *Imperialismo y urbanización*. Barcelona, Gilli, 1973, 364 pp.
- Manuel Castells (sous la direction de) *Estructuras de clases y política urbana en América Latina*. Buenos Aires, SIAP, 1974, 286 pp.
—*La lucha de clases en Chile*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1974, 435 pp.
- Desal.—*Marginalidad en América Latina* un ensayo de diagnóstico. Barcelona, Herder 1968.
—Escuela de Economía, Universidad de Chile: Problemas socio-económicos de la marginalidad y la integración urbana: el caso de las poblaciones callampas en el Gran Santiago, 1963.
- Rolando Franco.—Sobre los supuestos económicos y sociales de la marginalidad y de la acción política de los grupos marginales en América Latina, en *Desarrollo Económico*, n° 55, oct-dic, 74, 507-529.
- Gino Germani.—*Consideraciones metodológicas y teóricas sobre la marginalidad en América Latina*. Harvard University, 1972.
- Adolfo Gurrieri.—*Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*. México, Siglo XXI, 1971.
- Philip M. Hauser (sous la direction de).—*L'urbanisation en Amérique Latine*. Paris, Vasco, 1962, 330 pp.
- E. J. Hobsbawn.—La marginalidad social en la historia de la industrialización europea. *Revista latinoamericana de sociología*. V. 2, julio 69.
- Lucio Kowarick.—*Capitalismo e marginalidad no America Latina*. Río, Paz e Terra, 1975, 188 pp.
- A. et E. Leeds.—Brazil and the myth of urban rurality: urban experience, work and values in "Squattments" of Río de Janeiro and Lima, Austin Univ. of Texas, mimeo, 1967.
- Oscar Lewis.—*Five families*, N.Y. Basic Books, 1959. *La Vida*. A Puerto-Rico family in the culture of Poverty. San Juan y Nueva York. Random House, 1945.
—*The Children of Sánchez*, 1961, tr. fr. Gallimard, 1963, 638 pp.

- Carlos Esteban Martins.—Participación y movilización política de la clase baja urbana del Brasil. *Revista latinoamericana de Ciencia Política*. 2-1, Agosto 71.
- José Matos Mar.—Urbanización y barriadas en América del Sur, Lima, IEP, 1968.
- Miguel Murmis.—Tipos de marginalidad y posición en el proceso productivo, *Revista latino-americana de Sociología*, Julio 69.
- José Nun.—Superpoblación relativa, ejército de reserva y masa original. *Revista latino-americana de sociología*, V, 2, Julio 69.
- José Nun, M. Murmis, J. C. Marín.—La marginalidad en América Latina, informe preliminar. Instituto T. Di Tella, Documento n° 53, Buenos Aires, Dic. 68.
- Francisco de Oliveira.—A economia brasileira: crítica a razão dualista. *Estudios, Cebrap* 2, 1972.
- Guillermo Rosembluth.—Problemas socio-económicos de la marginalidad y la integración urbana. Santiago, Cepal, Enero 68, roneo
- Andrew Pearse.—Nota sobre a organização social de uma favela no Rio de Janeiro, *Educação e Ciências Sociais*. V. 3-7, Agosto 58.
- Aníbal Quijano Obregón.—Notas sobre el concepto de marginalidad social. Santiago, Cepal, 1966, mimeo.
- Redefinición de la dependencia y proceso de marginalidad en América Latina, Santiago, Cepal, 1970, mimeo.
- Polo marginal de la economía y mano de obra marginalizada, Lima, Univ. Católica, 1971, roneo.
- La formation d'un univers marginal dans les villes d'Amérique Latine, *Espaces et Sociétés*, III, Julio 71.
- Paulo Singer.—*Urbanização, dependência e marginalidade na América Latina*, São Paulo, Cebrap, 1972, mimeo.
- Roger Vekemans.—*La revolución latino-americana*, Buenos Aires, Troquil.